Jamás el pan te ha faltado,
y lo que comiendo estás
ningún sudor te ha costado.
Cómelo, pues, descansado
y que suden los demás.

—

Vive, Juan, á tu placer,
y no te canses de ser
holgazán, ¡por Belcebú!
¡Feliz quien pudiera ser
tan holgazán como tú!

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

LAS CAMPANAS DE LA IGLESIA

CUENTO

I

—Señor cura...
—¡Hola, Pepita!
—Perdone usted la molestia,
pero vengo á consultarle...
—Si es un caso de conciencia,
puedes hablar, hija mía,
y decirme lo que quieras.
—Es el caso, señor cura,
que yo... No sé si me atreva...
—No tengas temor ninguno,
y explícate con franqueza.
—Pues es el caso que yo
quiero con el alma entera
á un hombre...
—Si no es más que eso,
no hallo motivo de queja.

—El me quiere con delirio,
y anoche, junto á la huerta,
me prometió ser mi esposo,
y yo acepté su promesa.
—Has hecho perfectamente,
si os amáis de esa manera.
—Sí que nos amamos; pero,
aunque él casarse desea,
el mal está en que mis padres
mis amores desaprueban.
—¡Alguna razón tendrán!
—Ninguna, como no sea
que dicen que Juan no tiene
ni pundonor ni vergüenza.
—¡Pues, hija, si eso es verdad,
bastante razón es esa!
—No, señor, si son calumnias,
y envidias y malas lenguas...
—Sin embargo...
—¡Si es el hombre
más honrado de la tierra!
—¿Qué oficio tiene?
—Ninguno.
—¿De qué vive?
—De sus rentas
—Pues bueno; piensa, hija mía,
en lo que más te convenga.
El consejo de tus padres

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U.
U. A. N. L.

es necesario que atiendas.
—¡Ay, señor! ¡Si no me caso,
me voy á morir de pena!
—Reflexiona que...
—Le ruego,
por Dios, que usted interceda.
—No puede ser. Yo, ante todo,
te aconsejo la obediencia;
pues más te querrán tus padres
por mucho que Juan te quiera.
—¡Pero, aconséjeme usted!
—Un santo de mucha ciencia
dice que para casarse,
como para ir á la guerra,
no deben darse consejos.
Conque, hija mía, dispensa;
pero en asuntos tan graves
no está bien que yo me meta.
—¿Y qué debo hacer?
—No sé...
—Piense usted...
—¡Tengo una idea!
Mira, lo más acertado
es una cosa. En la iglesia
hay dos campanas.
—¿Y qué?
—Las campanas son las lenguas
con que el Señor de los cielos

nos habla á nuestras conciencias.
Óyelas con atención,
y haz lo que te digan ellas.
—¿Y de veras las campanas
me aconsejarán?
—¡De veras!
—¡Oh! ¡Gracias, ya estoy tranquila!
Haré lo que usted me ordena.

II

—Buenas tardes, señor cura.
—Adiós, Pepita. Muy buenas...
—Vengo á decirle una cosa.
—¿Qué ocurre?
—¡Estoy más contenta!
¿No sabe usted la noticia?
—Ni una palabra siquiera.
—¡Pues, que me he casado!
—¿Sí?
—Hace ya semana y media.
—¿Y qué tal?
—¡Perfectamente!
¡No hay hombre sobre la tierra
mejor que mi Juan! ¡Me llama
su gloria, su amor, su reina!
—Me alegro. ¿Y qué tal tus padres?

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

—Los pobrecillos se empeñan
en que yo he de arrepentirme;
pero, ¡quiá! ¡Qué más quisieran!
—¿Y cómo te has decidido?
—¡Toma! ¡Pues de la manera
que usted me indicó!
—¿Sí, eh?
—Siempre que yo iba á la iglesia
las campanas me decían:
«*¡Cásate! ¡Cásate, Pepa!*»
Y por eso, me he casado,
¡porque lo mandaban ellas!
—¡Pues, hija, me alegro mucho,
y que sea enhorabuena!

III

—¡Ay, señor cura del alma!
¡Vengo á que usted me proteja!
—¿Qué es eso? ¿Qué te sucede?
—¡Que Juan es un calavera!
Que no me quiere y se pasa
las noches en la taberna;
que me dá cada paliza
que me deja medio muerta,
¡y que no quiero seguir
viviendo con esa fiera!

—¡Pues, hija, resignación!
—¡Padre, me faltan las fuerzas!
—Atráele al buen camino
con amor y con prudencia.
—No es posible, ¡si es un hombre
sin pundonor ni vergüenza!
¡Bien lo decían mis padres!
—¡Pues, hija mía, paciencia!
—¿Qué debo hacer?
—¡Aguantarte!
—¿Pero, usted, qué me aconseja?
—¿Yo? ¡Nada! ¡Que te aconsejen
las campanas de la iglesia.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U.
U. A. N. L.

PÉSAME Y ENHORABUENA

A MI HERMANO POLÍTICO SERGIO DIAZ SAMPIL

Todos, querido cuñado,
te dán hoy á boca llena
la cumplida enhorabuena
por haberte hecho *Abogado*.
Sé que voy á disgustarte
y á amargar tus dichas voy,
más yo el pésame te doy
en vez de felicitarte.
¿Por qué? Lo diré en seguida.
Yo opino de esta manera:
al dar fin á una carrera
se acaba la buena vida.
Que aunque comprenda, formal,
cuál ha de ser su deber,
el estudiante es un ser
feliz á carta cabal.

Joven, alegre y triunfante,
sueña amores y alegrías...
¿Quién no recuerda los días
de su vida de estudiante?
Vida llena de placeres,
entregada sin cesar
al teatro y al billar
y al café y á las mujeres.
Se pasa el curso gozando;
se aprieta el último mes;
se aprueban las dos ó tres
asignaturas, y ¡andando!
¿Dinero? ¡Qué ha de faltar!
Si la situación es grave,
cualquier estudiante sabe
de dónde lo ha de sacar.
En crísis tan lastimosa,
aunque se espere una homilia,
se le escribe á la familia
inventando... cualquier cosa:
que hay que comprar tres autores
para obtener buenas notas,
y cuatro pares de botas,
y seis trajes interiores...
La familia, ¡claro está!
nunca se cierra á la banda,
y si el papá no lo manda,
se lo manda la mamá.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U.
U. A. N. L.

Si no logra el estudiante
que le remitan dinero,
pega un sablazo al primero
que se le ponga delante.
O para obtener la *guita*
nivela su presupuesto,
vendiendo un libro de texto
ó empeñando la levita.
La patrona no es persona
á quien le guste perder,
¡pero es tan fácil deber
tres meses á la patrona!
Cuando su estado es precario
con cualquier cosa se aviene,
y el estudiante que tiene
un duro, ¡es un millonario!
¿Quién le tose al caballero
con veinte reales cabales?...
¡Es capaz con veinte reales
de comprar el mundo entero!
En las vacaciones pasa
el tiempo admirablemente,
explotando á algún pariente
y siendo el rey de su casa.
Y al volver á la ciudad,
entre caricias y besos
le dán, para los excesos
naturales en su edad,

los cuartos que necesita
un estudiante aplicado.
¡Y ya está el chico arreglado
para una temporadita!
Y allá vá alegre y campante
á gozar y á divertirse.
Tiempo tendrá de aburrirse
el infeliz estudiante.
Que el día, ¡funesto día!
en que acaba su carrera,
se nubla, por vez primera,
el cielo de su alegría.
Allí comienza el sufrir
y allí empieza el trabajar.
Entónces, hay que pensar
en sério en el porvenir.
Pues, si sus padres queridos
por él se han sacrificado,
él pagará, si es honrado,
los favores recibidos.

—

Por esta amarga verdad
no te doy mi enhorabuena,
sintiendo trocar en pena
tu alegre felicidad.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U.
U. A. N. L.

Pero hoy debes estar triste
al pensar en el contraste,
del título que ganaste
con la dicha que perdiste.
No te ofenda mi cariño
ni mi amargura te asombre:
¡hoy en tí ya miro al hombre
que se despide del niño!
Más, ¡qué diantre, esta es la vida!
¡Animo y á trabajar!
Y á ser algo y á alcanzar
la posición merecida.
Y hoy mis deseos vehementes
son que, en premio á tus afanes,
tengas pleitos y los ganes...
¡y te paguen los clientes!

A UN CRÍTICO

DE LA CLASE DE CUARTOS

Que un crítico de talento
y de buena educación
me trate mal, lo lamento;
pero, tenga ó no razón,
yo se la doy al momento.
Sus fallos acataré,
y sumiso y obediente
su consejo seguiré;
que el consejo que él me dé
será el de un hombre eminente.
Pero que tú,—¡un majadero!—
pretendas darme lecciones,
eso... ¡quiá! ¡no lo tolero!
¿Que por qué? ¡Porque no quiero!
¡No me pidas más razones!
¿Quién eres? ¿De dónde sales?
¿En dónde están—¡pobrecito!—

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U.
U. A. N. L.

esas pruebas de que vales?
¿Tú escribir? ¡Habrás escrito
cartitas ó memoriales!
¿Pero otra cosa? ¡Maldita!
Digo, no; ya me olvidaba:
has hecho una piececita,
y te dieron *una grita*,
la mayor que hubo en Eslava.
Ya son méritos bastantes
para lanzarse importuno
á hacer críticas pedantes...
He conocido ignorantes,
pero ¿como tú? ¡Ninguno!
Mal lo debes de pasar
si de lo que escribes vives.
¡Y hay quien se atreve á afirmar
que te pagan lo que escribes!
¡Por Dios! ¡Qué te han de pagar!
Sé que en la prensa trabajas,
pero que cobres, lo dudo;
y así obtendrás más ventajas
si te encargas de las fajas
y del tarro del engrudo.
Con eso puedes *pegar*,
y el jornal que te han de dar
de fijo lo has de servir;
pero ¡meterte á escribir!
¡y meterte á criticar!

¡Eso no, por Belcebú!
¿Quién espera ese *exabrupto*
de un infeliz como tú,
que escribe acerbo con v
y dice *inquinia* y *erupto*?
¡Nada! ¡nada! ¡Por Dios santo!
La paciencia no me tientes.
Yo aguanto, pero no tanto,
y juro que no te aguanto
más críticas insolentes.
Y óyeme con atención:
Para que puedas seguir
ejerciendo tu misión,
primero, aprende á escribir,
y en seguida, educación.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

EL PRIMER AMOR

(HISTORIA EN VARIOS CAPÍTULOS)

CAPÍTULO I

Era Juana una chiquilla
muy bella y muy vivaracha;
era, en fin, esta muchacha
la nata y flor de la villa.
Juan era un mozo galán,
honrado y trabajador;
era, en fin, la nata y flor
de toda la villa, Juan.
Juan y Juana con pasión
desde niños se querían;
mas sus padres se oponían,
cada cual por su razón.
El padre de Juana, que era
un mayorazgo muy zote,
llamaba á Juan *monigote*,
zascandil y *calavera*.

Y el padre de Juan, que á Juana
con el alma aborrecía,
le dió al pobre Juan un día
una tunda soberana.
Con tan ruda oposición
á los chicos irritaban;
pero como ellos se amaban
con todo su corazón,
insistieron más y más
en su amor santo y profundo,
á vista de todo el mundo
y á espaldas de los papás.

CAPÍTULO II

Un año... y dos van pasados,
y tan amantes como antes
siguen los pobres amantes
en su dicha contrariados.
—¡No es posible estar así!
(dijo Juan á Juana un día).
¡Es preciso, vida mía,
que yo me marche de aquí!
—¿Marcharte? ¡No puede ser!
—Ya que nací en pobre cuna
me voy á probar fortuna

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

como Dios me dé á entender.
—¡Ah! ¡No! ¡No te marcharás
ó yo me marcho contigo!
—¡Tu recuerdo irá conmigo!
¡No te olvidaré jamás!
—¿Es posible?
—¡Sí, mi Juana!
A lograr lo que deseo,
en el próximo correo
partiré para la Habana.
—¡Dios mío! ¡Qué loco afán!
—¡Sí, mi vida! ¡Es necesario!
¡Yo quiero ser millonario!
—¡Yo te quiero pobre, Juan!
—¡Lo sé! ¡Tu amor verdadero
vé en el dinero una ofensa;
pero tu padre no piensa
nada más que en el dinero,
y te juro que algún día
con oro le he de cegar!
—¡Dios mío!
—¡Debo marchar!
—¡Ay!
—¡No llores, Juana mía!
—¡Ay!
—¡No aumentes mi dolor!
¡Es preciso!
—¡Pues bien; parte!

—¿Me olvidarás?
—¿Yo olvidarte?
¡Si eres mi primer amor!
¡Jamás este amor se olvida!
—¡Dices bien!... ¡Adiós!... ¡Tén calma!
—¡Adiós, mi vida!
—¡Mi alma!
—¡Adiós, mi alma!
—¡Mi vida!
. . . . . .
¡Era preciso ceder!
¡Era necesario el plan!
Y al día siguiente, Juan
se embarcaba en Santander.

CAPÍTULO III

¡Cuánta angustia! ¡Qué aflicción!
Pensando siempre en su Juana,
el pobre Juan en la Habana
buscaba colocación.
¡Le era contraria la suerte!
¡Mas no por eso se humilla!
Le dió la fiebre amarilla;
estuvo casi á la muerte.
Trabajó de jornalero;
sufrió dos mil desengaños;

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

pasó el infeliz tres años
sin lograr hacer dinero.
Y al cabo de la jornada,
abatido y derrotado,
decidió volver al lado
de su novia idolatrada.
¡Cuánto la pobre sufrió
en tan larguísima ausencia!
Mas lo sufrió con paciencia,
y al fin, á su amante vió.
¡Ya á su lado le tenía!...
Siguen los padres como antes,
y, en cambio, los dos amantes
se quieren más cada día.
. . . . . .

CAPÍTULO ÚLTIMO

. . . . . .
. . . . . .
Fué un amor muy contrariado,
pero hizo al fin su conquista.
¡¡Ya Juana y Juan se han casado!!
Juana... con un hacendado,
y Juan... con una modista.

EL AMIGO SERVICIAL

—¡Don Paco, muy buenas tardes!
—Buenas tardes, don *Canito*,
digo, Canuto.
—¿Ya estamos
con los nervios?
—*Mecho... micho*,
digo, mucho. Cuando el tiempo
cambia un *peco*, digo, un *pico*,
¡vamos, un poco!
—¡Enterado!
—Yo no sé cómo me *pingo*,
digo, me pongo.
—¡Caramba!
¡Está usted atroz, amigo!
¿Y qué hace usted?
—Lo de siempre.
Encargotes... encarguitos.
He recibido unas cartas
haciéndome unos pedidos,

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U.
U. A. N. L.

y voy á ver si *despecho*,
digo, *despucho*... *despicho*...
—¡Despacho!
—¡Justo, eso es!
Tengo que mandar hoy mismo
unas *casas*, digo, cosas.
—Vamos, usted, por lo visto,
goza con esos encargos.
—Hombre, hay ciertos compromisos,
y á mí me gusta cumplir
con los *amagos*... amigos.
No haciéndolo así, no *bebo*...
—¿Cómo no bebe?
—¡No vivo!
—¡Ah, ya!
—Mire usted la nota
de lo que yo necesito:
una visita de encajes;
una capota de *filtro*,
digo, de fieltro; unas flores
para adornar un vestido
de *beda*, digo, de boda;
seis camisetas de *lino*,
digo, de *lona*... ¡de lana!
—¡Pues está usted divertido!
¿Y quién pide tanta cosa?
¿Quién le mete en tanto lío?
—¿Que quién?... Doña *Patrizonio*.

—¿Cómo?
—¡Doña Patrocinio!
La *espesa*, digo, la esposa
de un señor amigo mío
que es boticario de *Punto*,
digo, de *Panto*... ¡de Pinto!
¡Y no es esto sólo!
—¿No?
—Pide además un abrigo
y un juguete para el *hojo*...
—¿Cómo para el ojo?
—¡El hijo!
—¡Ah, vamos!
—Es un *machucho*,
digo, un muchacho muy listo.
Pues también tengo otro encargo:
unos trajes de *pañito*,
digo, de pañete, y gorras
de *moruno*... de marino;
tres docenas de camisas,
y unos guantes de cabrito
con seis *botines*... *batanes*...
—¡Botones! Ya he comprendido.
Pues ya tiene usted trabajo
para unos días, de fijo.
—Quiá, ¡no señor! Esta tarde
ya estará todo en camino.
Voy, y presento la nota

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA U. A. N. L.

en la tienda de un amigo,
y lo *despuchan* al *panto*
en unos cuantos *monitos*.
Conque abur, que tengo *prosa*...
presa... *prusa*... *Dogo*... digo...
—Calle usted, por Dios, don *Peco*,
digo, don *Poco*... don *Pico*...
¡Don Demonio! ¿Lo ve usted?
¡Yo también me he *equivoquido!*
—Pues lo siento *mecho*.
—¡*Macho!*
—¡Ay, qué *luenga!* ¡Es un *trabijo!*